

EL CENTRO
Por Trent Reznor

Si alguien llegara a molestarse por saber mi nombre, y lo pongo en duda porque creo que nadie se preocupa ni se preocupará por mí, le diría que no sabría qué decirle. Que no tengo nombre, y que puede que eso no me importe, porque de hecho no reconozco ningún pasado, ningún presente, ni vislumbro ningún futuro.

No tengo familia a la que acudir.

Mi único amigo murió la semana pasada cuando se le partieron las piernas y el resto le devoraron aprovechando su debilidad.

Desde mi nacimiento, vivo en lo que damos en llamar el Centro. Hacinados desde el primer al último día, apenas vemos más que las paredes que nos rodean. No sabemos por qué estamos aquí. Nuestra raza es orgullosa a pesar de todo, y los fracasos no se transmiten entre generaciones, por lo que ninguno sabemos las causas de nuestro encierro. Si es algo que hicimos mal, creemos haber pagado con creces, porque los ancianos pioneros han muerto todos y el secreto se ha enterrado con ellos.

No querréis acabar en el Centro.

Sabéis, es horrible.

El olor es lo peor. Huele a pienso y a carne muerta, podrida y en descomposición; huele a muerte, la tuya, la mía, la nuestra. Huele a la mierda que nos llega hasta el tobillo, sobre la que nos erguimos y rezamos por no caer para no morir ahogados. Los carceleros no se molestan en limpiarla, y creo que sólo hay un par de sumideros o algo así que han sido improvisados, o diseñados, vete a saber, para que de vez en cuando no quedemos anegados.

La atmósfera está inundada de metano, microbios, enfermedades, pedazos de nosotros.

Las paredes son de tablones de madera, y superan varias veces nuestro tamaño. Están carcomidos, húmedos, y se comban y las dimensiones engañan porque el ángulo recto es sólo un espejismo, algo que no tiene lugar. Son de color oscuro, un color cerrado que no refleja la luz, todo lo contrario, semeja absorberla. La luz es tenue, viene del techo, bien arriba, y apenas baña nuestros amoratados cuerpos. Cuando nos dan de comer, la luz del Sol entra y nos deja ciegos y extasiados, y todos procuramos aprovechar esos minutos para ver el rústico exterior: esto dura sólo un instante; pasamos la vida entre tinieblas, sin tener una concepción del vecino.

Puede que no lo comprendáis, pero el Centro es un sitio realmente grande, y aún así el término espacio personal está obsoleto. Las cabezas inundan los compartimentos enrejados hasta donde alcanza la vista.

Somos miles, cientos de miles, me parece a mí que un millón.

Oh, ojalá pudiera librarme de los ojos amenazadores y los gritos. No es algo específico. La derrota está reflejada en nuestra mirada y los ojos destellan y es imposible dormir tranquilo con tamaño baile de puntos luminosos. Los ciegos tienen los ojos como pasas, secos y desinflados, y les suele colgar junto a la boca, y no se nota dónde están porque sus ojos no brillan. Sospechas de las sombras, pero acabas acostumbrándote. Otros no se callan, y se forman grupos para acabar con ellos. Pero al matarlos, los de al lado se asustan y la cosa empeora. Es un pez que se muerde la cola. El silencio llega, si hay suerte, al apagarse las luces.

Y... puede que mintiera al decir que lo peor era el olor. Puede que lo más desagradable sea el ansia, el hambre.

El canibalismo.

A la hora de comer, unos hombres muy altos esparcen la comida por encima de nuestras cabezas y nos arremolinamos para coger lo que podemos. Hay golpes e

improperios a partes iguales, y eso que alimento no falta. Y cuando crees que ya has comido ¡menudo espejismo! Lo que has ingerido te da más hambre y comes más. No es nada psicológico: pienso que introducen algo raro en el rancho para que nuestro cuerpo (nuestro pobre cuerpo) quiera más y más. Yo he resuelto tomar pequeñas raciones: las suficientes para no caer exhausto, y no las bastantes para que el hambre artificial despierte mi ansia y nuble mi juicio.

No todos son como yo.

Es normal que engordemos por encima de lo saludable. Entonces... pasa lo inimaginable. Como a mi amigo.

Abrieron la puerta y nos echaron comida y nos arremolinamos. Todo era blanco y dolor, y entonces sucedió: dolía con sólo mirarlo, y yo sólo podía pensar en la luz del Sol. Empezó a gritar y escuchamos un leve crujido, que fue aumentando de volumen. Las piernas le temblaban y la carne se desgarraba pedazo a pedazo hasta que el dolor se hizo insoportable. Los tendones se estiraron; la carne se desgarró; las piernas se partieron, y mi amigo cayó al suelo, gritando como nunca lo había hecho, suplicando, pidiendo perdón, babeando y vomitando. Y los demás se abalanzaron y se lo comieron aprovechando su indefensión: las vísceras brotaron y la abundante sangre del banquete corrió e impregnó el suelo bajo mis pies. Su cadáver, al menos lo poco que queda, está tirado en alguna parte, sin recoger.

Reconozco haber sentido ganas de comerme a alguien. Pero nunca lo he hecho, y sólo Quién sabe si lo haré alguna vez.

Antes de morir, decido saber el nombre del Centro, y cuando abren la puerta para alimentarnos resuelvo salir a trompicones, a pesar del dolor, el calor, los rayos del Sol que irritan mi piel. Soy consciente de que me quedaré ciego en poco tiempo, porque

mis ojos no aguantarán tanta luz. Pero tengo que verlo. Salir a pesar de los gritos del hombre.

Salir.

El juego es que entras, no sales.

Y si sales, ves el cartel en la puerta, pero no lo entiendo, maldita sea, no sé qué quiere decir:

GRANJA DE POLLOS

Criados de forma natural